

tuales legisladores que se ocupan únicamente en destruir la obra de sus antecesores, y que á pesar de todas sus leyes, decretos y reglamentos, dejan siempre subsistir los males efectivos del *statu quo*, si es que no los aumentan? (1).

Los socialistas han dado y dan asiduamente proyectos de reformas graduales (2) que los conservadores acaban por adoptar *à fortiori* con ligeras modificaciones; pero como los socialistas no son románticos, no pueden dar proyectos de la sociedad futura.

Platon, Moro, Campanella, Bacon, Fontanelle, Stielland, Mably, Mercier, Mackay, Hertzka, Kingsley, Bellamy, Wilbrandt, Lôwenthal, Gregorovius, Fabra, Richet, Richter, han procurado, en un sentido ó en otro, delinear minuciosamente el porvenir.

(1) Sobre la obra estéril de nuestros legisladores, véase la obra citada de Bukle y las de Spencer: *El individuo y el Estado, La Justicia, La Beneficencia, Introducción de estudio de la Sociología*.

(2) MALON, en los dos volúmenes del *Socialismo integral*, inserta una serie de proyectos de inmediatas reformas de los socialistas. En los Congresos nacionales de los socialistas alemanes, italianos, franceses, suizos, etc., y en los Congresos internacionales, se han formulado muchas proposiciones semejantes. En vísperas de la lucha electoral, toda la prensa socialista discute y expone lo que se llama usualmente *programa mínimo*.

Pero, aparte la mayor ó menor genialidad de estos profetas, sus proyectos no fueron, y no pueden ser, sino divagaciones en su mayor parte fantásticas.

Mas no porque los socialistas se abstengan de formular programas minuciosos, el socialismo es una utopia.

La verdadera, la única utopia es la utopia conservadora. Lo es por las mismas razones que demuestran que no lo es el socialismo.

¿No es, en efecto, utópica una sociedad que no puede subsistir, porque no es conciliable con la exigencia de los tiempos, con las inclinaciones generales de un determinado momento histórico, con las necesidades de una determinada civilización, con las leyes que regulan la acción y el desarrollo de la naturaleza humana?

¿No será más utópico el querer mantener un caduco estado de cosas que el intentar instaurar otro nuevo?

¿Puede haber utopista mayor que quien, frente á la transformación continua de todas las cosas, defiende la inmutabilidad de las instituciones sociales, intentando levantar la columna de Hércules del progreso humano?

¿Hay alguien más utopista que los defen-

sores de la propiedad privada y del capitalismo, formas ambas transitorias en la evolución incesante de los sistemas de producción y distribución de las riquezas?

Utopia es pensar que el sistema económico presente sea la última etapa en el avance de la humanidad hacia el progreso, y que con el aumento de nuevas aspiraciones, con la existencia de una sensibilidad humana más delicada y exquisita, con la orientación de la inteligencia á concepciones nuevas sobre los medios y los fines de la vida, con el asiduo trato que imponen los viajes, las relaciones comerciales, los estudios, las alianzas de las razas y de los pueblos, con la continua aparición de invenciones y descubrimientos capaces de sustituir ó limitar el esfuerzo muscular, con todo esto y mucho más que omito, no se sienta la estupidez y la injusticia del presente régimen económico, no se sufra la tortura física y moral de los males que ese régimen produce y no se quiera, conociendo el camino, salir á la luz y al aire libre y sano y establecer otras relaciones sociales más tolerables y más equitativas.

Utopia es pensar que la multitud, á la cual ha instruído la misma burguesía abriendo escuelas y bibliotecas; á la cual ha unido sin

quererlo, merced al cosmopolitismo de la explotación que de ella hace; á la cual ha puesto en contacto en las grandes ciudades con el parasitismo y el lujo de unos cuantos, no comprenda ni llegue á comprender la tiranía de que es víctima, la fuerza de que dispone y lo monstruoso é inicuo de la artificial desigualdad humana que permite vivir en desmantelada choza al que produce y en fastuoso palacio al que vegeta en el ocio.

Utopia es creer que la libre concurrencia, al suscitar la más feroz lucha por la existencia y convertir en neurosis la sensibilidad humana, no ha de hacer insufrible en condiciones físico-psicológicas más progresivas el daño que ocasiona, y es, por tanto, utopia creer que la humanidad moderna no tiende á constituirse en un consorcio más íntimo que se adapte mejor á su más delicada sensibilidad.

Es utopia creer que, perdida por el pueblo la fe religiosa en la que hallaba estímulos para la resignación, no ha de procurar ese mismo pueblo hallar en este mundo parte de aquella felicidad que ya no espera gozar en el cielo.

Y es utopia creer que los que aún tengan fe religiosa no teman que hombres inmorales puedan llegar á la cumbre del poder, y que,

para evitarlo, no deseen que un principio más perfecto é ideal imponga la religión de la fraternidad y del amor entre los hombres.

Es utopia el pensar que los pueblos, á los que únicamente se dan promesas electorales y frases huecas, hayan de creer por tiempo indefinido en la solicitud paternal de las clases directoras, de cuyas inmoralidades son todos testigos.

Suprimid los periódicos, destruid las imprentas, quemad en un inmenso auto de fe á los catedráticos, á los científicos, á los pensadores; quemad también en él todos los libros; incomunicad Europa y América cortando para siempre los hilos telefónicos y telegráficos; levantad las líneas férreas, destruid las máquinas de vapor, arrojad al mar los telares mecánicos, haced desaparecer, en suma, todo cuanto ilumina la inteligencia, aproxima á las gentes de todos los países, multiplica los productos y disminuye el trabajo humano, y entonces, sólo entonces, la utopía conservadora cederá el puesto á la utopía socialista.

Pero si la burguesía no quiere prescindir del *sleeping*, y desea saber en Roma á las veinticuatro horas lo que ha sucedido en Calcuta, y quiere reunir en su mesa las frutas, los estimulantes, las carnes, la pesca

de todas las partes del mundo, y quiere vestirse y adornarse con los mejores tejidos de las fábricas nacionales y extranjeras, y se entristece con la débil luz del antiguo candil de aceite sustituida por el deslumbrante foco de luz eléctrica, etc., etc., entonces la utopía es la conservadora, y el socialismo habrá de realizarse por sí solo de modo inevitable.

El burgués es tanto más utopista cuanto más intenta conservar en lo fundamental la sociedad presente; se parece á aquel que, habiendo educado durante largo tiempo una inteligencia en la teoría darwiniana, pretendiese que su discípulo, imbuído en la doctrina evolucionista, fijase el término de ella negando para el porvenir el curso de esa misma evolución.

La burguesía ha preparado el terreno al socialismo, le ha facilitado los medios, le ha dado las armas, y ahora se esfuerza en cerrar los ojos para no ver el resultado de su propia obra.

El socialismo es una afirmación tan positiva, como la de que transcurrido el año décimo ha de llegar el undécimo.

Utopía es pretender que quien ha cumplido diez años, tenga siempre los mismos diez años, por muchos que viva.

Y así como después del décimo año llega el once, á la sociedad burguesa habrá de suceder la sociedad socialista.

La burguesía, por las condiciones de su vida, no puede en modo alguno retroceder, y su evolución natural la lleva al socialismo.

Transitoriamente se entregará á la reacción; pero la misma burguesía será la primera en salir de esa atmósfera que es impropia para su organismo.

La burguesía se halla frente á este dilema: ó convertirse totalmente en reaccionaria y perecer, ó desarrollarse con arreglo á sus principios y marchar resueltamente hacia el socialismo.

La burguesía habrá optar entre ambos términos, y en la imposibilidad de aceptar el sacrificio que la reacción le impone, se aproximará gradualmente al sistema socialista.

El socialismo estrecha cada vez más á la burguesía, porque la economía burguesa va de día en día haciendo más intolerables las relaciones sociales.

La lucha por la vida mantenida individualmente, se convierte en lucha contra la vida, y la solidaridad humana se impone.

La lucha mantenida al presente, que en

las relaciones particulares parece ser una lucha para vivir, estudiada en conjunto como resultado de las aspiraciones de cada uno, se presenta, no como una lucha en favor de la existencia, sino en contra de la existencia misma.

Todo hombre hoy día se esfuerza en luchar y lucha conscientemente en interés de su propia vida, pero semejante esfuerzo, considerado colectivamente, ocasiona un daño á la mayoría de la sociedad, examinada en sí misma y en cada uno de sus individuos.

El porvenir, hoy inseguro siempre, sin que puedan garantizarlo ni la inteligencia, ni la honradez, ni la aplicación al trabajo, produce á todos el temor de la miseria, del hambre y de la ruina, y estimula así el deseo de poseer, actividad egoísta que obliga á cada cual á no interesarse sino de sí mismo.

Este proceder, practicado consciente ó inconscientemente por millones de individuos, da por resultado una enérgica acción individual, que si bien considerada en particular atiende de modo positivo al bienestar del individuo, socialmente considerada es causa de que la satisfacción de uno ceda en daño de otro, y de que, por tanto, la satisfac-

ción de éstos ocasione perjuicio á aquéllos.

Los egoísmos individuales se destrozan mutuamente, y cada cual trabaja, no ya para la conquista de su personal felicidad, sino para realizar el infortunio de los demás.

Es relativamente muy escaso el caudal de energía que se invierte en nuestra sociedad para producir una utilidad general. Las nueve décimas partes de la energía humana se emplean hoy en lograr un beneficio personal en perjuicio del prójimo.

La generalización de este hecho demuestra que la lógica individual, dañosa é inconveniente de hombre á hombre, es estúpida hasta el punto de negarse á sí misma en el orden de la vida social.

El fabricante de bebidas ó de sustancias alimenticias causa un perjuicio á la salud pública cuando especula en daño de la integridad física del paraguero, del sastre, del sombrerero, etc., etc., los cuales, á su vez, procuran desquitarse del engaño sufrido obteniendo un beneficio en la venta de un paraguas que aquel fabricante compra por nuevo y es usado, ó de un traje que paga como si fuera de lana siendo de algodón, ó de un sombrero que adquiere como bueno, y al cabo de ocho días se destiñe y trasuda.

El vinatero, el pescadero, el carnicero, el sastre, el sombrerero, han realizado un cambio fraudulento, y mientras el sastre sufrirá una gástrica por comer un pan sin harina, el panadero se verá obligado á comprar dos trajes con doble gasto porque el sastre le ha engañado.

Y todos ellos han recurrido al engaño porque para cada uno de ellos aisladamente ese engaño representa una ganancia.

Las sustancias adulteradas costarán menos que las que no lo estén, como el traje de algodón vendido como de lana constituye positivamente un beneficio para el vendedor; pero en una sociedad donde unos necesitan vestidos, otros alimentos, etc., ese proceder da por resultado una constante y recíproca estafa de unos á otros.

La lucha por la existencia del individuo no es, en conjunto, sino la lucha contra la existencia de la sociedad (1).

Por otra parte, la lucha por la existencia es también lucha contra la existencia, aun

(1) Nuestro sistema económico no tiene por objeto directo la mayor suma de utilidad para la sociedad, sino la mayor suma de lucro para los poseedores de los medios de producción; los capitales hallanse dedicados, no ya á las funciones más útiles á la economía social, sino á las funciones que rinden mayor ganancia á la economía privada, y la oposición entre el in-

individualmente considerada, por causa del agotamiento moral, intelectual y físico que sufre todo combatiente, el cual ve minadas día por día por el trabajo excesivo las fuerzas de su organismo, llegando en el deseo de conservar su vida á matarse para vivir.

El suicidio, la locura, la neurosis, el alcoholismo y todos los demás frutos del desorden mental y muscular moderno, en camino de un acrecentamiento constante, constituyen un ejemplo trágicamente persuasivo de que la humanidad, contrariando sus ideales, en vez de luchar para vivir lucha para extinguirse.

Si es exacto que la ley de conservación es ley suprema tanto para los individuos como para la especie, es utópico pensar que la sociedad haya de mantener un estado que es dañoso á su propia conservación. Que el socialismo sea una utopia, es, pues, una de tantas frases hechas.

La verdadera, la única utopia es la utopia conservadora.

terés particular y el interés público hácese mayor cada día... El sastre se regocija si un incendio destruye un almacén de ropas; el comerciante goza si un naufragio ha hecho desaparecer un gran cargamento de mercancías de las que él tiene gran acopio en sus almacenes...» EMILIO LEPETIT: *Del Socialismo*.

El socialismo no es utopia, como no lo era el sistema burgués en la agonía del feudalismo.

El socialismo es en las entrañas de la burguesía lo que la burguesía fué en las del régimen feudal.

Podrán ser utópicos algunos métodos antiguamente seguidos para la implantación del socialismo; pero el socialismo, como tipo de ordenación social, no es sueño ni utopia: es la historia de un mañana más ó menos remoto.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 "BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 ALFONSO REYES"
 1910-1925 MONTERREY, MEXICO